

RECUERDO DE MANUEL BAYO¹

Rafael Chirbes

Escritor

Creo que fue en el año 78 cuando llegué a Marruecos. Huía de mí mismo y de una España queapestaba a fraude. Iba a ocupar una dudosa plaza de profesor de español en la universidad Dar Mares de la vieja capital. Algo de eso aparece en mi novela *Mimoun*. Una vez en la ciudad de Fez, me encontré que, al amparo del Centro Cultural Español, se movían unos cuantos trasterados, quienes poco a poco fueron convirtiéndose en inolvidables amigos: José María y Mercedes, Alberto, Domingo, y Manolo, nuestro Manolo Bayo a quien hoy rendimos homenaje, todos ellos fugitivos de alguna causa, y supervivientes de un variado catálogo de naufragios. Seres a la deriva, cada uno a la suya. De todos ellos guardo un recuerdo entrañable.

Como a mí no me parecía suficiente culo del mundo aquel Fez-Ville Nouvelle en el que se cocían en desternillante amargura (pocas veces me he reído tanto) y hectolitros de alcohol los náufragos españoles, me fui a treinta kilómetros de allí, a las afueras de Sefrou, a casa de otro español, Federico, que pintaba maravillosamente, bebía poco, y tenía otras formas de cocer su propia desesperación, si cabe más cargadas de dramatismo. Con frecuencia, durante aquellos días, me acordaba de esas palabras de Rilke, en las que el poeta ruega para que Dios conceda a cada cual su propia muerte.

Con Manolo, las complicidades habían surgido de inmediato. Nos unían, además de una sensibilidad común, y de muchas vivencias literarias, los viejos recuerdos de Valencia. En las ocasiones en que decidía pernoctar en Fez, él me cedía generosamente la segunda cama de su habitación en el

¹ El siguiente escrito fue leído durante la presentación del libro *China en la literatura hispánica* en el Ateneo de Madrid el 5 de junio de 2014.

Hotel Splendid y nos pasábamos las noches enteras cotorreando: despoticábamos de Fez, esa ciudad que él miraba de reojo y en la que yo me hundía, y recordábamos Valencia, la ciudad que amábamos y odiábamos. Yo le había jurado odio eterno a Valencia porque durante los meses que pasé en ella cumpliendo el servicio militar, había visto cómo sus habitantes derribaban de forma irracional y estúpida casas centenarias, iglesias y palacios, y los sustituían por edificios anodinos y polvorientos solares. Con furia juvenil, decidí odiar a una ciudad empeñada en volverse fea y vulgar. El amor-odio de Manolo tenía más fundamento. Él había conocido el ambiente literario valenciano, había vivido su universidad, el mundillo del teatro, tenía más experiencias que yo, que —si exceptúo los meses de la mili— sólo podía referirme a la Valencia de mi infancia, la que visitaba con periódica fascinación un niño pueblerino. Una visión pueril y cargada de hipérbolos y mitos.

Aquellas noches en el Splendid, él me hablaba de sus experiencias en el teatro, me contaba anécdotas de Gil-Albert, al que había conocido; de Joan Fuster, al que había tratado. Como si lo tuviera aquí a mi lado mientras escribo, lo recuerdo contándome que, cuando tenía cinco o seis años, su padre lo ponía entre los pechos de Mercedes Diana, la vedette del Mocambo Club, uno de los mitos eróticos de mi infancia (oía por la radio la publicidad, Mocambo Club presenta a Mercedes Diana, y los amigos de la escuela me explicaban en voz baja lo que era un Club). Al parecer aquella mujer había sido algo más que buena amiga del padre de Manolo. Hablábamos de teatro —de Chéjov, de Miller, de Brecht, de Valle Inclán—, de nuestras lecturas —Conrad, Melville, London, Blasco Ibáñez—, me dejaba leer algunos textos suyos y yo le pasé la primera novela que escribí y nunca se publicó.

Digo que lo oigo hablar aquellas noches, pero sería mejor decir que lo veo actuar, poner sus manos como garras para asustarme, rugir, abrir los ojos desmesuradamente, gemir, ronronear, toser aclarándose la voz, pasear por la habitación dando pequeños sorbos al vaso de vino. La charla con Manolo era representación. El viejo actor (¿cuántos años tenía entonces?, le gustaba echarse tiempo encima) poseía esa capacidad maravillosa de tejer contigo una conversación desternillante que, poco a poco, se volvía tristísima, mayéutica del sinsentido de la vida. Más de una noche nos recuerdo a los dos llorando a lágrima viva. Confirmábamos que éramos dos seres a la

deriva, barcos sin puerto, más solos que la una sobre un mundo liso y abandonado por los dioses. Sólo teníamos nuestros libros, nuestros papeles a medio emborronar que no les interesaban a nadie, y, muy importante, nuestros vasos y vasos de alcohol de cualquier pelaje.

Se vino a Sefrou con la excusa de que quería corregir con tranquilidad los exámenes de los alumnos. Pasó en mi casa algunos días, tal vez una semana. Lo recuerdo por las mañanas, recogido ante la mesita del huerto, recién duchado, sereno, repasando papeles. Aquellos días no bebíamos hasta el atardecer, hora en que bajábamos al Hotel de Sefrou para tomar algo. Aunque yo prefería la siniestra taberna del *Boulevard des Platanes*, Manolo guardaba siempre ese toque elegante, que le hacía elegir lo menos malo, siempre que existiera esa opción. A mí me ocurría lo contrario, y la verdad es que, por entonces, yo me juntaba y me emborrachaba con cualquiera.

Recuerdo que aquellos días en Sefrou, charlamos horas y horas, comimos los estupendos cuscuses y tajines que cocinaba Aixa, y hablamos mucho de brujas y embrujos (sobre mi casa pesaba una maldición que todo el pueblo conocía menos yo, tardé demasiado en enterarme). La verdad es que Sefrou era –no sé si sigue siéndolo– uno de los centros de hechicería más famosos de Marruecos. De hecho, algo muy especial nos ocurrió cierta noche, mientras bebíamos en el jardín del hotel y nos relatábamos, una vez más, nuestras experiencias hechiceriles. Debía de ser una noche de finales de mayo o principios de junio, templada y agradable. Todo estaba en calma mientras nos dedicábamos a asustarnos el uno al otro, desgranando los encantamientos de los que habíamos sido víctimas. Como dos niños habíamos empezado a sentir miedo, a pesar de la apacible soledad del lugar y la calma que todo lo envolvía. Las hojas de los árboles y de las plantas del jardín que había a nuestro alrededor permanecían estáticas. No soplaban ni una brizna de aire. Y, sin embargo, aquella calma recordaba a la que precede a los tifones en las novelas de Conrad. De hecho, mientras él me contaba una de sus experiencias más alucinantes, se empezaron a agrupar los desechos del patio, algunos papeles, bolsas de plástico, chapas de cerveza, a nuestro alrededor, como si algo –no, no podía ser el viento, todo estaba en calma– los arrastrara hasta allí. Se pusieron a girar cada vez a más velocidad en torno nuestro, mientras ni el más ligero hálito tocaba las hojas de las plantas que

nos rodeaban, ni a nosotros mismos nos llegaba un suspiro de aire. Todo, menos aquellos papeles y plásticos, seguía inmóvil, y un silencio hueco, como de interior de pozo, se había apoderado del paisaje. Nos miramos aterrorizados. Expresamos nuestra extrañeza, nuestra admiración.

Luego, poco a poco, a medida que dejaban de girar los papeles y plásticos a nuestro alrededor, empezaron a agitarse las ramas de los árboles como movidas por un aire de tormenta a pesar de que el cielo permanecía despejado y cuajado de estrellas. Se trataba de un aire que a nosotros no nos tocaba: en lo que parecía el juego invertido de un genio travieso que se burlara de nosotros, se movía todo lo que antes había estado quieto a nuestro alrededor, mientras seguían inmóviles los papeles y plásticos que antes se habían movido con tanta agitación.

Nos asustamos mucho, creo que no tanto por las brujas marroquíes, sino por nosotros mismos, porque nos dimos cuenta de que éramos capaces de producirnos alucinaciones el uno al otro. Sí, creo que aquella noche nos sentimos más cómplices que nunca, pero también empezamos a mirarnos con temor, aunque nos reíamos contándoles a los otros españoles la experiencia. Poco tiempo después, abandoné Marruecos y pasaron años antes de que volviéramos a vernos: un par de encuentros más bien circunstanciales. En el último de ellos, propiciado por Sánchez-Dragó que nos invitó a un programa de televisión, tuvimos algo más de tiempo para charlar, hablamos, como no podía ser de otra manera, de Marruecos y, como de paso, comentamos una vez más lo que nos ocurrió aquella noche. No volví a verlo nunca.

Lo echo de menos.